

EL TRIANGULO DEFENSIVO DE "TRES FORCAS"

(RUSADIR, TAZUDAH Y CASASA)

Las poblaciones Rusadir (Melilla), Tazudah (Colué Yara), y Casasa (Cazaza), tema de nuestro trabajo, se definieron en sus tiempos como componentes de un "triángulo defensivo fenicio", formado en la citada pequeña península, cuando en realidad no fueron otras defensas que enclaves indígenas con idéntico fin que sus hermanas de la otra orilla mediterránea.

Si tomamos como base científica, comprobado arqueológicamente, de que sobre el año 3000 á 2500 aparece la cultura ibero-sahariana, con sus poblaciones bien construidas en piedra y barro, con alturas estratégicas sobre las riberas de los ríos, arroyos y nacimientos —con organización matriarcal— utilizaban la agricultura y la minería, y acogían a sus muertos en enterramientos megalíticos, no es muy lógico catalogar a los referidos emplazamientos como de origen fenicio o púnico, por el hecho de aparecer en sus estratos vestigios de esta cultura, que en realidad más bien podrían ser autóctonos, aunque parte de ellos procediesen de transacciones comerciales. A esto, sin olvidar a la milenaria cultura tartesa, que fue superior a la de estos comerciantes, ya que en cerámica, objetos de adornos y esculturas, hada tuvieron que enseñarles.

El erudito Enrique Arqués, en "Nueva investigación de lo viejo", nos aclara que el texto del "Midrax", que tuvieron la suerte de descubrir y publicar, "asegura que los varones de "Sor" (Tiro), al llegar al Estrecho, desembarcaron de sus naves en "Sefarad" (España), desde donde continuaron por tierra hacia "Gadir" (Cádiz), dándola por ciudad fundada y conocida".

Y si "Carteia" en sus tiempos fue considerada como población de fundación romana, y resultó arqueológicamente un importantísimo núcleo urbano de la Edad del Bronce, "Salduba" y otros enclaves de su época demostraron sus raíces neolíticas, con su típica cerámica y sus hachas de piedra pulida, lo mismo sería "Gadir", situada en un formidable emplazamiento en "Eritia" (Santi-Petri), muchos siglos antes de que los tirios o judíos la hiciesen próspera, e interesasen, para su desgracia, ayuda militar cartaginesa.

CARTAGO

Existe una milenaria leyenda púnica, que trata de cómo Dido-Elisa, hermana del rey Pigmalión de Tiro, fundó la ciudadela de Cartago, en un abrigado rincón de la costa norte-africana llamado "Birsá" (actual Túnez), al parecer sobre unas ruinas denominadas "Cambe", para algunos historiadores, fenicias.

Casada con un tío suyo por parte de madre (el gran sacerdote Sicharba), Elisa tuvo que huir desesperadamente con sus partidarios y riquezas, hacia la costa referida, al ser asesinado su esposo por el citado monarca, cuya fortuna al parecer fue el móvil del mencionado crimen. Antes de su arribada a Birsá, recaló en Chipre, captando a jóvenes doncellas, para la fundación de la que más tarde se denominaría Cartago.

Su extraordinaria belleza fue causa justificada para que el rey númida Jarbas, belicoso vecino, la interesase en matrimonio. Elisa solicitó del citado reyezuelo tres meses para pensarlo. Tiempo suficiente para que sus colonos levantasen las murallas de la nueva ciudadela. Sosegado su espíritu por la gran confianza que le ofrecían las terminadas defensas, y levantado el ánimo de su pueblo por dicha causa, se dio muerte atravesándose el pecho con una espada, en la misma pira funeraria que habían levantado en honor de su difunto esposo. (Como hemos dicho antes, sacerdote, y uno de los jefes fenicios que más activo comercio sostuvo con los tartesios). (P. Mariana H. de E.T.I.).

En el año 146 a.d.C. desapareció la hegemonía mediterránea de la aristocrática república de Cartago. Destruída su escuadra por los trirremes y pentecontoros romanos, y asaltada las fuertes murallas de esta ciudadela por el ejército de Escipión Emiliano (Africano el Menor), éste mandó prenderle fuego, tomando tal incremento sus llamas que tardó en consumirse 17 días. Se consagró el suelo a los dioses infernales y sembróse la tierra de sal.

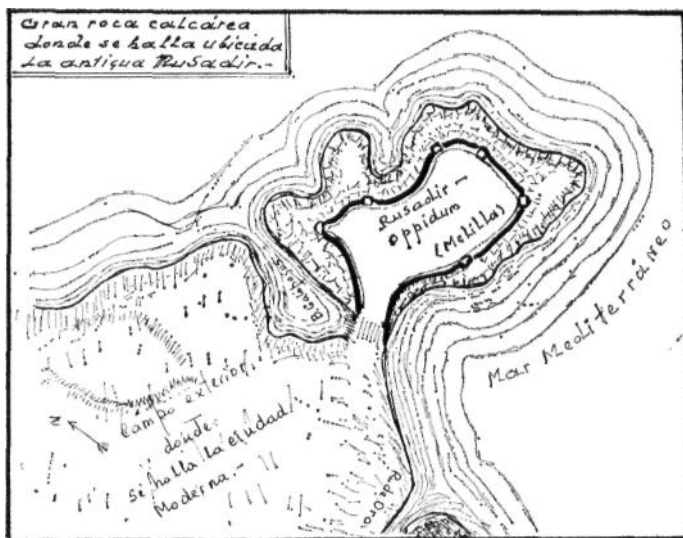
Con la tercera guerra púnica, acabó el poderío cartaginés, y con él, su último caudillo, Asdrubal. Guerra en la que tomó parte activa como aliado de Roma el rey Masnisa, al que se le entregó por sus importantes servicios, parte del territorio de Cartago, y el restante pasó a convertirse en provincia romana. Sus seiscientos años, poco más o menos, de supervivencia como nación dominadora, no significó nada concreto en la cultura mediterránea, y sí le restó bastante en este aspecto a las poblaciones indígenas, cuyos vestigios autóctonos pasaron muchos de ellos a ser obra púnica, con más voluntad que fundamento, mercantilizando lo ajeno como propios. Como comerciantes adinerados, pagaban a otras gentes para que combatesen por ellos, utilizando al mismo tiempo, para su seguridad, las mencionadas ciudadelas.

Unos miles de fenicios, muchos menos que doncellas de esta raza, y un puñado de jóvenes chipriotas, no constituyeron la semilla necesaria para ahogar la fuerza desbordante de la raza bereber. Desaparecidas las guarniciones cartaginesas, sus ocupantes se dispersaron por todo el territorio de sus antiguos aliados unas veces y enemigos otras. Prevalecieron las costumbres ancestrales indígenas, con su fantástico idioma bereber.

En la otra orilla del Estrecho, expulsados los referidos cartagineses de los enclaves iberos, arraigó en cierto aspecto la romanización, pero el espíritu indómito de nuestros antepasados pervive con la misma fuerza originaria del Neolítico Hispánico, con sus defectos incorregibles: Espíritu tribal e independiente" por lo tanto, problemático en cuanto a unidad nacional se refiere.

Sobre estos grandes defectos que tanto daño nos han causado en todos los tiempos, Tito Livio nos expone en sus registros las palabras que Indivil dirigió a su pueblo para sublevarlo, levantando un ejército de 30.000 hombres de infantería y 4.000 de a caballo: "Los iberos hemos sido esclavos de los cartagineses o de los romanos, y a veces de ambos al mismo tiempo, expulsados los cartagineses del país por los romanos, sería fácil **unidos** nosotros, expulsar a estos últimos y recobrar nuestras leyes, la libertad y las costumbres de nuestros antepasados".

Por esta viril alocución a su pueblo, de uno de los últimos caudillos indígenas hispanos, podemos precisar sin titubeos, que no existió tanto mestizaje como nos han hecho creer en todos los tiempos algunos historiadores. Tampoco lo fue con las invasiones árabes, ya que cuando estos últimos fueron expulsados por los Reyes Católicos, las poblaciones desocupadas, con sus zonas rurales, fueron colonizadas por familias de la España cristiana. Los musulmanes que quedaron en Andalucía, más bien fueron de raza bereber.



LOS VÉRTICES DEL TRIANGULO

RUSADIR (MELILLA)

Esta ciudadela se encuentra situada a oriente de la península de Tres Forcas, a los 33° 15' 55" longitud Este del meridiano de San Fernando, entre el mencionado cabo y el de Agua (Quebdana). Dista 97 millas marinas de Almería y 114 de Málaga.

Está asentada sobre una gran roca calcárea, moteada de fósiles marinos. Quedaba aislada en la antigüedad por grandes y profundos fosos que la circundaban, alimentados por el agua del mar, que penetraba por la ensenada de Los Galápagos, poniéndose en comunicación por tierra por medio de puentes levadizos, y el espolón de la Plaza de Armas, conservándose en muy buen estado el de la Puerta de Santiago, construido a mediados del siglo XVI, reinando en España el Emperador Carlos I.

Sus legendarias murallas han seguido sufriendo cambios radicales de acuerdo con las necesidades tácticas de la época. Algún que otro trozo de su muralla primitiva podría haberse respetado, pero sus piedras milenarias, en un continuo y angustioso traslado de recinto a recinto, no pudieron ser sustituidas por otras similares, debido a la imposibilidad de su extracción en las canteras próximas, dado el peligro constante que suponía para el personal la salida al campo exterior, en donde el enemigo acechaba y atacaba en la forma más insospechada, causas por las cuales no han aparecido ante la vista del especialista vestigios identificables de otras culturas.

Sus distintas ocupaciones

Sobre el año 42 de nuestra Era, una vez apaciguada la Mauritania Tingitana, siendo emperador Claudio, pasaría a depender de España al hacer a Rusadir colonia de la Hispania romana.

Hacia el año 69 de Jesucristo, el emperador Oton creó una nueva provincia en el Norte de África, según decreto del mismo año, a la que denominó Hispania Tingitana (actual Marruecos). Haciéndola depender en lo administrativo, político y militar de la Bética. Como es lógico, las tres ciudadelas referidas seguían dependiendo de esta última.

En el año 123 de nuestra Era, el emperador Adriano, nacido en Itálica (actual Sevilla), dividió a Hispania en seis provincias: Bética, Lusitania, Cartaginense, Tarraconense, Galicia y Tingitana, continuando la península de Tres Forcas con sus tres poblaciones fortificadas, afectas a la primera.

El 21 de febrero del año 485, el emperador Valentiniano celebra un tratado de paz con el rey vándalo Genserico, quedándose este último con Ceuta y las Mauritania Caseriense y Tingitana. Afectas a esta última quedaron las tres poblaciones referidas.

El 5 de mayo de 570 nace un profeta, Mahoma, y con él una nueva religión que estremeció los cimientos del Yemen. Como un huracán impetuoso, cientos de miles de seres enardecidos y portando el pendón verde de este religioso, montados en caballos y camellos, invaden y ocupan con sus armas Siria, Palestina, Persia y el Egipto, islamizando a todos sus moradores a golpe de cimitarra. Más tarde lo fue el Norte de África y España.



Melilla. Antigua Rusadir vista desde el puerto pesquero

En el año 1068, en Melilla y la región de los Beni-Urted y Tazudah, gobernaba el príncipe malagueño Al Mostaali.

En la noche del 17 de septiembre de 1497 desembarcaron en el pequeño golfo de Melilla 5000 hombres de a pie y otros contingentes a caballo, al mando del contador general de la Casa de Medina Sidonia, Pedro de Estopiñán y Virue, jerezano, tomando posesión de la referida ciudadela, que se encontraba semiderruida por sus propios y amargados habitantes, piratas berberiscos y renegados que, continuamente se hallaban acosados por los reyes, rivales entre sí, de Fez y Túnez. Jamás tuvieron que ver con la citada península las distintas dinastías árabes que soportó la antigua Mauritania Tingitana, pues en realidad éstos fueron sus últimos invasores, con distinta etnia, idioma y costumbres a los bereberes.



Melilla. Puerta de Santiago de la antigua Rusadir

Vestigios culturales

Moneda autóctona libio-fenicia. Anverso: Cabeza imberbe, cuyo tocado es el pellejo y orejas de un elefante. Reverso: Abeja entre dos espigas, debajo el nombre de la ciudadela en letras púnicas: R(u)SA-D(i)R.

Según el padre Fita, la acuñación de esta moneda se abolió imperando Calígula, por lo tanto, Melilla fue floreciente mucho antes de que Yuba II y Ptolomeo II gobernasen en la Tingitana, a partir del año 25 a.d.C.

También se han encontrado en el desaparecido Fuerte de San Lorenzo necrópolis indígenas, púnicas y romanas. En los alrededores del Fuerte de Camellos, frecuentemente han sido halladas monedas de Cástulo, Carteia y Gades.

TAZUDAH

En un macizo montañoso de origen volcánico, elevado a 840 metros de altitud en su formación geológica, sobre una amplia meseta del Yebel Guelaia, se encuentran las ruinas de este castillo amurallado.



Tazudah. Entrada al castillo. Vista interior en ruinas. Foto 1945

En la parte que da a Tazudah, se hallan los vestigios de una muralla construida con piedras irregulares y argamasa, con sus restos de torreones, la cual, siguiendo la dirección Sur, termina en un acantilado roqueño de forma casi circular, dentro del cual se encontraría la población indígena, amparada en las defensas de su castillo, en parecidas circunstancias a sus hermanas de la época anteriormente citadas.

Se llega a esta fortificación por un estrecho sendero marginado de precipicios, encontrándose la misma totalmente cortada a pico en su obra natural y por todo su contorno, excepto su entrada Norte.

Quizás por las monedas romanas encontradas en sus ruinas, la tradición bereber atribuye a esta cultura la construcción de la referida ciudadela y su castillo, que al paso de los siglos se le denominó Colue Yara, Tezote y más tarde Tazudah (en lengua bereber, menta silvestre). Por el tipo de construcción denota su arquitectura bereber. También fueron encontrados bronce de Cartago Nova (Cartagena).



Tazudah. Restos del castillo en la parte oriental de la meseta

Hacia el año 105 a.d.C, Julio César envía a Cayo Salutio Crispo como gobernador de la Mauritania Tingitana (actual Marruecos), dándole el mando de un cuerpo de tropas legionarias.

Enterado Mario, general de su ejército, por confidencias, de los tesoros que al parecer guardaba en esta fortaleza el famoso príncipe nómada Yugurta, la puso cerco a fin de rendirla, sin sospechar ni remo-

tamente la gran cantidad de víveres y agua que almacenaba en los graneros y aljibes de cinco metros de profundidad que poseía en sus entrañas, preparados convenientemente para soportar las frecuentes emergencias guerreras de la época.

Y como muchas veces ha sucedido y sucederá a través de la historia de la humanidad, la casualidad fue el factor decisivo que le abrió las puertas de la referida fortaleza al general romano. Después de un prolongado asedio, un soldado ligur de su cohorte, buscando caracoles entre los riscos, encontró un pequeño manantial que surgía de la parte superoposterior de las estribaciones donde se encontraban ubicadas las mencionadas defensas.

Siguiendo con curiosidad el pequeño curso del mismo, trepando con dificultad y peligro en busca de los referidos moluscos, llegó cerca de la cumbre, en donde se encontraba enraizada una gigantesca encina que, esbelta y airosa, desparramaba sus frondosas ramas por la parte superior de la muralla. Subiéndose en ella, observó con asombro y alegría que desde su improvisada atalaya se abarcaba la parte interior del campo enemigo, ya que las operaciones se realizaban en los frentes anteriores y laterales de la ciudadela, por considerarse inabordable su retaguardia, dada la imposibilidad de utilizarse las máquinas de guerra de la época (torres portátiles, grandes escalas, etc.).

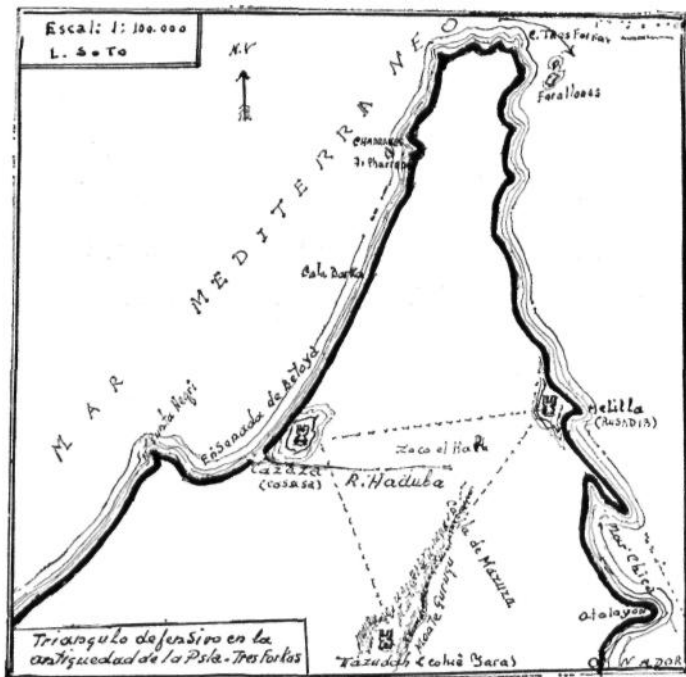
El joven ligur, grabando en su mente el peligroso itinerario, después de su arriesgado arribo a la gran roca, regresó a su campamento, presentándose con urgencia al general Mario, al que contó con detalle su importante descubrimiento, al mismo tiempo que se ofrecía como guía de una posible expedición.

El general escogió a cinco trompetas de los más jóvenes y ágiles de su ejército, acompañados de cuatro centuriones, designando como guía de esta pequeña unidad al descubridor del punto débil localizado de dichas defensas.

Antes del amanecer, descalzo y portando sus armas más ligeras, el guía y los nueve designados se pusieron en marcha hacia las referidas estribaciones. Después de un penoso trepar por difíciles peñascos, entre palmeras enanas y chumberas, coronaron la altura desde la cual divisaban el campo de operaciones.

A una señal de Mario, formadas parte de sus legiones en la táctica de tortuga, se acercaron a las murallas anteriores, muchos de ellos pegados a los grandes portones. De repente, cuando más encarnizada era la batalla, en la que los arqueros y honderos se multiplicaban, sonaron con estruendo las trompetas a retaguardia de los númidas, sembrando el terror y la confusión entre las huestes de Yugurta. Circunstancia aprovechada por el ejército romano que, utilizando los garfios de abordaje y las escalas ocuparon al asalto la fortaleza, mientras el grueso de las fuerzas penetraban en el recinto, al abrir los centuriones los portones referidos.

Estos fueron, al parecer, los primeros registros de la azarosa existencia de esta ciudadela, narrados por Cayo Salustio Crispo, sobre la guerra contra su enemigo Yugurta, el cual, anteriormente aliado de los romanos, fue elegido por su tío Cicipsa, rey de Numidia, para colaborar en España en el asedio de la ciudad de Numancia, participando en el mismo, con diez elefantes y un gran escuadrón de caballería, a las órdenes de Escipión Emiliano.



Hacia el siglo XI, nos relata el polígrafo español Abu Obeil el Bekri, en su itinerario por el África Septentrional, que el castillo Colue Yara (Tazudah), a tres leguas de Melilla, pertenecía a los Beni Urted, población bereber. Lo habitaba un general al servicio de los Beni Salah, soberano del Necor, que lo recibió de los naturales de Guelaiia, en prueba de sumisión.

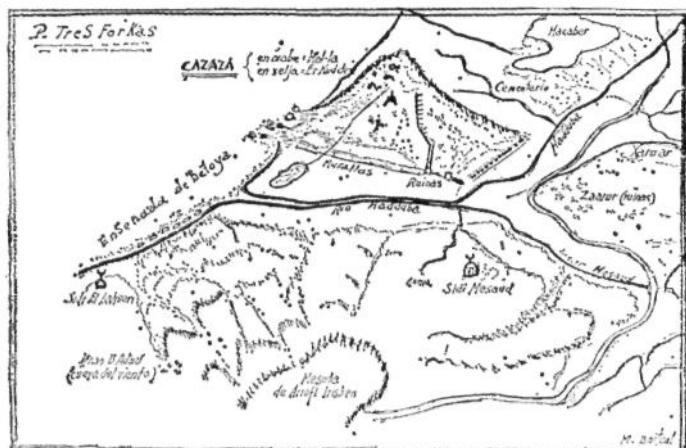
En el 1067, pasó al dominio del príncipe Mohamed Ben Idris, que llamado por los Beni Urted, salió de Almería para esta comarca, en donde fue reconocido como soberano.

En el año 1081, fue destruida Tazudah por el almorabita Yusef Ybu Taxefin, siendo al parecer reconstruida poco después.

Hacia el año 1242, Omar Ben Yaia el Ulzir, tomó por sorpresa esta ciudadela, obligando a huir al emir Abu Ali, gobernador de la misma, dejando para su desgracia, todas sus riquezas en la referida fortaleza.

Pasaron los benimerines al poder con esta fortificación, hasta que en octubre de 1292, el sultán merinita Abu Yacub Ib Yusef, la hizo destruir, pasando a cuchillo a todos sus defensores.

Hacia el siglo XVI, nos relata Juan León "El Africano", que en el castillo de Tazudah existía una guarnición española de 300 arcabuceros y 60 jinetes, sin saber el que suscribe la fecha en que fue nuevamente destruido.



Vestigios culturales

Fragmentos de cerámica indígena, campaniense y sigillata.

Bronce de Cartago Nova. Anverso: Cara borrosa mirando a la izquierda. Reverso: Caballo parado debajo de una palmera, presentando su costado derecho. Fundida a partir del año 237 a.d.C.

Mediano bronce del emperador Gordiano III, del 238 al 244 de nuestra Era.



Emperador Gordiano III (238-244)
Mediano bronce encontrado en las ruinas de Tazudah



Bronce encontrado en las ruinas de Tazudah. Reverso
caballo parado debajo de una palmera

Se designa a esta elevación con el nombre bereber de Erkudez, y por parte de sus invasores árabes por el de Kol-La. Baña sus laderas por el sudeste el río Haduba, erosionando con su rápido curso en época de lluvias, parte de sus murallas, cuyos desprendidos fragmentos los envía, convertidos en arena, hacia la gran ensenada de Betoya.

Sobre el año 1940-42 quedaron al descubierto gran parte de las mencionadas murallas, las cuales fueron consideradas como de posible factura cartaginesa, por su mezcla de arena con puzolana volcánica, posiblemente construidas sobre las propias indígenas, lugar éste en donde se han encontrado hachas de piedra pulida. (Excavaciones efectuadas por el recordado catedrático de Historia, de la Real Academia, don Rafael Fernandez de Castro).

En época romana, según justifican sus bronce, sufriría parecidas circunstancias a sus hermanas referidas.

En 1493 atracó en el puerto de esta ciudadela la carraca que mandaba el capitán de Mar Iñigo de Artieta, procedente de Adra, desembarcando en el mismo al que fue último rey de Granada, Muley Boabdil, a su madre e hijos, seguido de su séquito. Destierro ordenado por los Reyes Católicos. (En el año 1942 aún existían algunos grandes sillares de su pequeño puerto).

Hacia el año 1506, convertida esta población de nuevo en nido de piratas, fue conquistada por Juan Pérez de Guzmán, conde de Niebla, duque de Medina Sidonia, otorgándoles los citados Reyes Católicos el título de marqués de Cazaza, por haberla ocupado a sus expensas. Veintisiete años más tarde pereció toda su guarnición degollada por los aludidos salteadores de mar, incluido su capitán, Luis de Chaves, fecha en la que se supone quedó desguarnecida por la desidia e ineptitud de algunos de nuestros gobernantes que, junto a Melilla y Tazudah, definían claramente la plena soberanía de esta pequeña y bonita península.

Vestigios culturales

Fragmento de cerámica indígena, campaniense y sigillata, hallados en las referidas excavaciones, por el mencionado catedrático.

En junio de 1959 fueron encontradas en estas ruinas por Carlos Soto Días, dos bronce correspondientes uno a Cástulo y otro al emperador Adriano. Un tercero fue adquirido de un pastorcillo bereber (sin catalogar). Al año siguiente, por el doctor en Medicina don Juan Rutllán Basset, efectuando una cata en la ladera sur, encontró la parte superior de una ánfora romana, catalogada según la cronología de M. E. Peliche, como correspondiente a los años 37 a.d.C., al 63 de nuestra Era.

Sobre los bronce referidos, recordemos que en el año 43 a.d.C, Iuba I, rey de Mauritania, fue duunviro de Gades y Cartago Nova, por lo que no es de extrañar que dichas monedas hispanas circularan en ambas riberas del Estrecho.

Luis SOTO JIMÉNEZ Y ARANAZ

CAZAZA

Este yacimiento arqueológico se encuentra enclavado en el término municipal de la cábila de Beni Bugafar (Hijos del Señor Indulgente), en un montículo formado por arenisca, de 77,50 metros de altura.

Por su parte nordeste, casi inaccesible, dado su corte semivertical, por lo que resultaba en aquella época un bastión de difícil asalto, reforzado con sus poderosas murallas.